

Crítica de Libros

RENDUELES OLMEDO, Guillermo **“El Manuscrito encontrado en Ciempozuelos”**

La Piqueta. Madrid, 1989

Guillermo Rendueles Olmedo, neuropsiquiatra gijonés, ha reconstruido en la forma de un caleidoscopio la enigmática historia clínica de Aurora Rodríguez.

El Manuscrito encontrado en Ciempozuelos, editado por La Piqueta, es el historial anónimo que en aquel manicomio permanecía olvidado hasta que Rendueles se ha atrevido a exhumarlo, sacando a la luz la trágica historia de esa figura excepcional que fue doña Aurora, y practicando una hermenéutica rigurosa de todos los datos que existían en la actualidad sobre su caso.

Se extraña el autor, en la introducción, “no sólo del más rotundo olvido, sino de las tergiversaciones también más rotundas” que han sumido en la oscuridad durante tantos años la vida y la muerte de Aurora Rodríguez y su hija Hildegart, precoz teórica del feminismo español más temprano, cuya breve vida y militancia, truncadas a ser asesinada por su propia madre, fueron, con todo, extraordinarias.

Sí, Rendueles nos ofrece una historia extraordinaria que tiene un algo de pesadilla aterrador, pero donde no faltan los ingredientes de cierta ternura y comiseración.

Un anónimo psiquiatra de Ciempozuelos “realiza con Aurora un diálogo singular”, diálogo a través del cual Aurora relata su vida íntegra y que transcurre “en los primeros años de su encierro en el que se constituye como «enferma interesante», hasta esos largos años en

los que la institución total logre destruir lo que de humano había en Aurora”.

Ese diálogo es el *Manuscrito* cuya copia constituye el punto de partida del libro. Pero, además del *Manuscrito*, Rendueles se ha valido de todas las fuentes a su alcance: desde el informe pericial forense de los psiquiatras que, bienintencionadamente, se apuntarán a la defensa de Aurora, en el juicio por parricidio, hasta las entrevistas y artículos de la prensa de la época, las obras de Hildegart, los desangelados poemas que Aurora rasguñó, en el Manicomio, o el testimonio de algunas locas que convivieron con ella y continuaban aún en Ciempozuelos, monjas que la recordaban y un psiquiatra que la conoció. Ningún rincón posible ha quedado sin explorar en el intento de entender el *pathos* de Aurora, ese deseo reformista que se afirma y autorreafirma incluso en su “segunda vida manicomial” en la que “sobrevivieron las ideas directrices, la utopía que guió su vida, y haciendo de derrota victoria tratará de reformar el manicomio, la psiquiatría y la higiene mental”.

Rendueles ensaya una gran variedad de interpretaciones para desvelar el misterio de esa enigmática mujer a la que nada, en apariencia, podía lograr rendir, excepto la realidad misma de ese medio frío —el manicomio— en el que la crueldad termina por imponerse a la utopía. Sí, “lo real la destruye y destina a terminar su vida en 1956, tras reducirse a hacer muñecos de trapo del tamaño

de un hombre a los que intenta dar vida”.

Pero, mientras tanto, el relato que la propia Aurora hace de su infancia y adolescencia, el retrato de los personajes que formaron su constelación vital, “las autoimágenes, la novela familiar, las atribuciones de una realidad persecutoria, con independencia de su pertenencia a la historia o a la fantasía” van permitiendo ensayar distintos métodos de interpretación. El psicoanálisis temprano y el del Freud maduro, que los psiquiatras de Aurora no llegaron a conocer, pero también las perspectivas más recientes de la psicoterapia familiar sistémica o del análisis transaccional, van engarzando un destino que, a través de diferentes luces, irá perdiendo parte de su opacidad.

¿Cómo interpretar la verdad de Aurora? Rendueles mismo se lo pregunta citando a Sartre: “¿Qué podemos saber acerca de un hombre?”. Es difícil totalizar las informaciones que poseemos sobre él. Por eso la totalización se deja al lector. Rendueles deja hablar a sus personajes y los va enfocando de todos los modos psiquiátricamente posibles.

Todo es interesante en este libro. En donde la psiquiatría clásica había tratado de reducir a Aurora, hembra, loca y asesina, no sólo a lo inesencial, como mujer, sino a la *individualidad pura*, Rendueles reivindicada un producto singular de las condiciones de una época o período histórico cuyas contradicciones políticas y sociales Aurora, mejor que nadie, personifica.

En ningún momento tiene el lector sensación de que Aurora está loca. Su lógica interna y externa es implacable. Tal vez aquí haya que volver a definir la locura al modo de Chesterton: “Loco es aquel que lo pierde todo menos la razón”.

Y en Aurora se advierte lo atroz de su razón. En su lógica, que nada perdonaba, prefería ver muerto el cuerpo de su hija que verlo separado de sí,

“prostituido” por ideas diferentes a las que ella le había inculcado como manual de perfecta honestidad.

Hildegart sin Aurora no tenía sentido, y así lo comprendieron ambas. Aurora, que se dio a sí misma el nombre de Ara Sáiz (altar de la verdad) no mentía seguramente cuando relataba que el asesinato de la adolescente se hizo de común acuerdo o casi. Es posible que la adolescente, que empezaba a ser rebelde, temiera tanto o más que la madre la ruptura de esa simbiosis que había hecho de ella un caso de precocidad genial.

Aurora no perdió nunca su dignidad. Hasta en los momentos de mayor fragilidad, cuando se hallaba más debilitada, la encontramos entera. Tuvo un destino trágico que asumió tanto mejor cuanto más duras fueron las pruebas por las que tuvo que atravesar. No vaciló en dar muerte a Hildegart, su obra de arte, su “Jardín de sabiduría”. Se sintió capaz de perderlo todo, a cambio de que no todo se perdiera. Durante el juicio, en el que, contra la defensa, asumió con orgullo su culpabilidad y después, también, en la cárcel y en el manicomio, permaneció gallarda, sin arrepentirse nunca, sin caer en ese arrepentimiento que, según Spinoza, hace al reo dos veces miserable. Y siempre enhiesta, mantendrá la actitud irreductible, con los ojos puestos en la utopía.

El libro de Rendueles no trata de ser edificante, pero lo es. Se trata de un libro sin pedantería, cuyo autor mantiene la elegancia de sentirse ganado, con cierta admiración, por una loca. Es el libro de un neuropsiquiatra que recorre el laberinto de las diferentes escuelas para resolver un enigma cuyo secreto descubre en la superficie misma del relato y de los acontecimientos. Rendueles no pretende saber más que lo que Aurora o Hildegart sabían. Pero sabe, sin embargo, mucho más y por eso es capaz de restituírnos la significación que estas vidas tuvieron para la política y la psiquiatría españolas, para las ins-

tituciones penales, para la época y para el presente.

El momento crucial del libro no es el capítulo donde se relata el crimen, sino ese otro que nos habla de la encrucijada entre la cárcel y el manicomio. Es el capítulo que encierra la más profunda crítica a la psiquiatría, a la mejor, a la más progresista, incluso a la más benigna y bienintencionada, a la más honesta de las psiquiatrías. Precisamente en los psiquiatras de izquierdas que con la mejor voluntad peritaron el caso de Aurora para que en el juicio se la declarara inocente, la condenaron a una enfermedad incurable, eterna, mucho más larga que cualquier pena por delito

en la cárcel. Al analizar con detenimiento esta paradoja de la psiquiatría, Rendueles afirma que es, en todo caso, un riesgo del oficio que hay que asumir, como cualquier capitalista debe asumir sus negocios si no quiere quedar en la quiebra. Pero la paradoja queda expuesta con toda su sencilla y desnuda verdad.

En resolución: he aquí un libro que merece bien la pena haber sido publicado, porque nos hace pensar sobre cosas nuevas, cosas que no sabríamos, a simple vista, descubrir.

P. PALOP JONQUERES